

Palabras contra las balas

Jordi Nadal



La *Vanguardia* publicó el día 5 de este mes la impactante foto de una ventana de un piso en Kyiv, con cientos de libros actuando como un muro protector contra las balas y las explosiones. No se me ocurre una imagen más potente del papel que tiene la cultura como defensa de la vida, más allá de la biológica. Escuché una vez a mi amigo y gran conocedor de Finlandia Xavier Melgarejo, quien, unos años antes de fallecer, me dijo que los habitantes de ese país sabían que, si no querían ser devorados por el imperio ruso, solo tenían la cultura como resistencia para no ser tragados y digeridos y, como consecuencia, desaparecer. Las palabras, la memoria y la cultura son armas poderosas contra el olvido. Son lo que nos protege de la nada.

Los libros nos defienden de muchas maneras. No me puedo imaginar nada más grande que un libro de Chéjov que detenga una bala rusa contra una ventana en Kyiv. Una de las narraciones más profundas y conmovedoras que he leído es *La dama*

Un libro de Chéjov podría detener una bala rusa contra una ventana en Kyiv

del perrito, que ocurre en Oreanda, un asentamiento de Yalta, Crimea, es decir, Ucrania. Oreanda es un lugar que significa mucho para mí. Suena a muy lejano, aunque, ahora, parece un lugar dramáticamente próximo a nuestra necesidad de justicia.

Visto que el mundo está tan mal, necesitamos recurrir a Albert Camus casi siempre. Por ejemplo, cuando dijo: “Yo soy un hombre sin justicia y a quien esta enfermedad atormenta, eso es todo”. Su rebelión ante la iniquidad nos hace sentir menos solos. Leer a Camus es fundamental cuando leemos la prensa y vemos cuánto dolor innecesario se inflige a gente inocente en momentos de injusticia universal. Puede que alguien piense que es ley de vida, pero no podemos ni debemos acostumbrarnos. Me vienen a la mente varios autores que han escrito sobre los totalitarismos: maestros como Vasili Grossman, Elie Wiesel o Jorge Semprún, entre otros, han reivindicado que las personas deben tener ocasión de vivir en paz y que debe ser respetada su dignidad. No sé nada de Ucrania y me apena mi ignorancia. Solo puedo desear que las páginas del cuento de Chéjov sean triplemente eficaces: que nos recuerden que los rusos no son iguales a quienes les mandan; que la cultura, cuando nos hace humanos, nos da solidez cuando estamos desesperados, y que puedan detener balas.●